

**COMENTARIO DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR CONDE
JUAN PICO DE LA MIRÁNDOLA SOBRE UNA CANCIÓN
DE AMOR COMPUESTA POR GIROLAMO BENIVIENI,
CIUDADANO FLORENTINO, SEGÚN EL PENSAMIENTO
Y LA OPINIÓN DE LOS PLATÓNICOS**

Blasius Bonacursius Hieronymo Benivenio Amico suo dilectissimo S.

Deberían ciertamente, querídisimo Girolamo, todos los estudiosos de nuestros tiempos y aquellos que en el futuro existirán, llorar de continuo la prematura muerte de aquel joven admirado, Juan Pico Príncipe de la Mirándola, considerado por sus muchas y excelentes virtudes; cuán grande pérdida fue principalmente respecto a lo útil que de su vida podíamos esperar y se prometía. Esta pérdida ha sido común no sólo a aquellos que están deseosos de las cosas filosóficas y de las platónicas, sino *etiam* a todos los amadores y profesores de la sagrada escritura. Habiendo él ya í con obras más excelentes, las cuales no había todavía dado a la luzí , satisfecho en gran parte a los primeros y buscando ahora con suma utilidad y gloria de la Cristiana religión satisfacer a los segundos, se opuso a ello su muerte inopinada y lamentable, la cual creo sin embargo que los estudiosos y literatos arriba mencionados soportaron pacientemente considerado que el Dios Omnipotente no obra cosa alguna sino con grandísimo misterio y providencia divina, la cual creo que puso en ánimo a estos nuestros impresores para publicar mediante su arte el erudito y elegante comentario del mencionado Príncipe sobre una canción tuya, docta y refinada, hecha y compuesta sobre el amor divino según el pensamiento y las opiniones de los Platónicos, para que esto no quede todavía junto con muchas otras de sus obras

abandonada y en el olvido de los hombres y para que todos los literatos y amantes de su nombre tengan la comodidad de poderlo gozar tomando aquel fruto que de sus otras obras no dadas a la luz no pueden tener. Teniendo yo entonces conmigo un compendio de dicha canción y su comentario y siéndome con gran insistencia requerido por algunos de nuestros impresores, dudaba sobre si debía o no concedérselo. Por una parte me retenía el saber yo cuánto era ajeno a tu pensamiento y a aquel del autor la publicación de tal obra por las razones por ti entendidas. Por la otra me incitaba la insistencia de esos impresores y el deseo de muchos y la utilidad y la ventaja que a mí me parecía debía resultar de tal publicación. Porque, vencido últimamente por las exhortaciones y ruegos de los amigos, he querido más bien con alguna carga para ti hacer una copia de mi compendio, aunque de forma externa a tu voluntad, a los impresores antes mencionados, que, retenéndolo, defraudar el deseo de muchos, pensando máximamente deber ser tanto más excusable mi culpa cuanto es menos grave la ofensa privada que la pública; porque ésta, además del bien común, tiene también por fin el bien privado del amigo. Además, teniendo noticia de más compendios de la mencionada obra, los cuales se leen en varios lugares diseminados por la mano de muchos, juzgaba del todo imposible que no fuese por el mismo modo publicada, lo que necesariamente sería con mayor contrariedad tuya y de todos los amantes de las cosas del Conde, ya que estos compendios son imperfectos y están llenos de errores, de los cuales yo creo que mi copia, si no en todo, al menos en la mayor parte está purgada. Y si reconoces en esto alguna culpa mía, excúsenme contigo y con la memoria del autor de este comentario, además del amor que no conoce freno o ley, todos aquellos que lo leerán, por los cuales, si el juicio no me engaña, podrán conocer fácilmente que si hubiera tenido el Conde que

escribir sobre el amor cristianamente, como era su intención, lo habría hecho con tanta más felicidad, cuanto la doctrina verdaderamente divina supera y excede aquella de Platón y de todos los otros filósofos. Vale.

Hieronymus Benivenius civis florentinus ad lectorem

Juan Pico, Príncipe de la Mirándola, hombre verdaderamente admirable de toda parte, leyendo, como sucede entre los amigos, una canción mía, en la cual, invitado por la amenísima lección de los eruditos comentarios de nuestro Marsilio Ficino sobre el *Convivio* de Platón, había en pocos versos restringido aquello que Marsilio en muchas cartas elegantísimas describe, le plugo ilustrarla con una no menos docta que elegante y copiosa interpretación, movido, no tanto, como creo, del mérito de la cosa, cuanto de un tierno y singular afecto que él, más allá de toda credulidad, me tuvo siempre a mí y a mis cosas. Pero, al revisar nuevamente después esa canción y comentario, habiéndose ido en parte aquel espíritu y fervor que había conducido a mí a componerla y a él a comentarla, nació en nuestros ánimos alguna sombra de duda sobre si era conveniente a quien profesa la ley de Cristo, queriendo tratar de Amor, máxime si es celeste y divino, tratarlo como platónico y no como cristiano; pensamos que estaba bien suspender la publicación de tal obra, al menos hasta que viéramos si podíamos, por alguna reforma, de platónica volverla cristiana. A tal deliberación siguió poco después la prematura í y sobre toda otra calamidad de estos tiemposí , dañosa y lamentable muerte de este Juan Pico, por el inopinado acaecimiento de la cual –casi como sin sentido y lleno de confusión y fastidio de las cosas del mundo– pensé dejar esta canción y comentario junto con muchos otros versos míos al arbitrio del polvo y suprimirla por siempre. Sobre lo cual, aunque por mí fue observado hasta estos

tiempos, ha podido más, sin embargo, el estudio y el deseo de otros para sacar a la luz esta obra, que el escrúpulo y mi diligencia en detenerla. En tanto que, siendo ella ya llegada a la potestad de algunos más curiosos, tal vez por indulgencia y permiso de aquellos que tenían su borrador original junto con los otros libros y comentarios de este Juan Pico, fue primero dada a nuestros impresores y por ellos puesta en obra cuando yo apenas tenía noticia. A tal cosa, no pudiendo yo resistir honestamente y, por otra parte, no reconociendo en ella, esto es en la publicación de tal obra, ninguna culpa mía, pensé dejarla andar, como se dice, en beneficio de la naturaleza. Confiando sobre todo en la prudencia, bondad y doctrina de aquellos que a actuar así me han persuadido, le ruego ahora a todo aquel que lee que en todos los lugares donde esta canción o el comentario, siguiendo la doctrina de Platón se aparte en algún modo de la verdad cristiana, pueda más en él la autoridad de Cristo y de sus santos, además de las razones irrefragables de nuestros teólogos, principalmente del doctor angélico S. Tomás de Aquino, en contra aducidas, que la opinión de un gentilhomme, excusando nuestro error, si se puede llamar error el recitar simplemente y sin ninguna aprobación la opinión de otro, aunque no verdadera, excusándolo, digo con la inscripción y el título verdadero antepuesto a esta canción y comentario, en el cual abiertamente se dice que nosotros queremos tratar de Amor, no según la verdad católica, sino según el pensamiento y la opinión de los platónicos. En la ejecución de esto, más allá del error antes mencionado, si hay errores, no pueden ser muchos otros; este bien, sin embargo, y esta utilidad no le pueden ser cortados: que los estudiosos de Platón y de su doctrina leyendo atentamente encontrarán en este comentario muchas luces, mediante los cuales pueda el ojo de su intención más fácilmente y quizás con otra mirada, penetrar a la íntima médula de algunos de

los sentidos más remotos de tal filósofo.

**CANCIÓN DE AMOR COMPUESTA POR HIERONYMO
BENIVIENI, CIUDADANO FLORENTINO, SEGÚN EL
PENSAMIENTO Y OPINIÓN DE LOS PLATÓNICOS**

Estancia I

*Amor, de cuyas manos suspendido el freno
De mi corazón pende, y en cuyo sacro reino
Nutrir no tiene por indigno
La flama que por él en aquel fue animada,
Mueve mi lengua, esfuerza el ingenio,
Para decir de él aquello que el ardiente seno
Encierra, pero el corazón viene a menos
Y a la lengua repugna tal empresa
Ni aquello que en mí puede decir no hace defensa
Y sin embargo conviene que mi concepto explique;
Fuerza contra fuerza mayor no vale.
Pero porque al ingenio pigre amor aquellas alas
Ha prometido, con las cuales en mi corazón primeramente
desciende, aunque en su cima,
Porque jamás creo dejaría sus plumas,
Hace nido, cuanto la luz
De su vivo esplendor sea a mi corazón escolta
Espero abrir aquel que escondido ahora porta.*

Estancia II

*Yo digo cómo amor de la divina fuente
Del increado bien aquí abajo se infunde,
Cuándo es primero nacido y de dónde
Mueve el cielo, el alma informa y el mundo rige;
Cómo después que entró a los corazones humanos se esconde
Con cuál y cuánto al hendir diestra y pronta
Arma a elevar la frente
De la tierra al cielo fuerza a la humana grey,
Cómo arda, inflame, encienda y con cuál ley
Este al cielo vuelva y aquel a la tierra ahora pliegue,
Ahora entre estos dos lo incline y detenga.
Mis rimas estancadas y ustedes lángidos y enfermos
Versos, ¿ahora quién en tierra hace que por ustedes ruegue?
Sí que a ruegos más justos
Del corazón inflamado se inclina Apolo.
Muy áspero yugo el cuello
Oprime; Amor, las plumas prometidas ahora haz ver,
A las alas enfermas el camino ciego.*

Estancia III

*Cuando del verdadero cielo convertido descende
En la mente angélica el sol divino,
Que a su primera prole
Bajo las frondas vivas ilustra e informa,
Ella que su bien primero busca y quiere
Por deseo innato que aquella enciende
En él reflejada prende
Virtud, que el rico seno pinta y forma.
Aquí el primer deseo que ella transforma
Al sol vivo por la luz increada
Maravillosamente entonces se enciende e inflama.
Aquel ardor, aquel incendio y aquella flama
Que por la oscura mente y por la luz
Presa del cielo reluce
En la mente angélica está el primer y verdadero
Amor, deseo pío
Nacido de inopia y de riqueza entonces
Cuando de sí el cielo hacía a quien en Chipre se honra.*

Estancia IV

*Estos porque en los amorosos brazos
De la bella Ciprina primeramente nace
Siempre seguir les place
El ardiente sol de su belleza viva.
Aquí el primer deseo que en nosotros yace
Por él con nuevo cáñamo se enlaza
Que la honorable traza
De él siguiendo al primer bien arriba.
Por él el fuego, por el cual deriva
Lo que en él vive, en nosotros se enciende y, donde
Arde muriendo el corazón, ardiendo crece.
Por él la fuente inmortal desborda, donde sale
Lo que después el cielo aquí abajo formando mueve;
Por él convertido llueve
Aquella luz en nosotros que hacia el cielo tira.
En nosotros por él respira
Aquel increado sol tanto esplendor
Que el alma inflama en nosotros de eterno amor.*

Estancia V

*Como por el primer bien la eterna mente
Es, vive, entiende; entiende, mueve y plasma
El alma que despliega y pinta
A través de ella aquel sol que ilustra el divino pecho.
De aquí esto que el sentido pío concibe y estrecha
Difunde, y esto que después se mueve y siente
Por ella maravillosamente
Movido, siente, vive, obra todos sus efectos.
Por ella í como por el cielo en el intelectoí
Nace Venus aquí abajo, cuya belleza
Esplende en el cielo, vive en la tierra y el mundo asombra.
La otra que dentro al Sol se refleja, a la sombra
De aquel que al contemplar por ella se aveza
Como toda su riqueza
Toma del vivo sol que en él refulge,
Así su luz infunde
A ésta, y como el amor celeste en ella
Pende, así el vulgar sigue aquella.*

Estancia VI

*Cuando formada primeramente por el divino rostro
Para descender aquí abajo el alma parte
De la más excelsa parte
Que alberga el Sol, en los corazones humanos se imprime.
Donde manifestando con maravilloso arte
aquel valor después que de su estrella lo ha tomado,
Y que en el vientre acoge
Vive de su celeste y primer indumento
Cuanto en la semilla humana pueden sus luces
Forma su albergue, en aquel fabrica y estampa
Lo que ahora más o menos repugna al divino culto.
De allí cuando del sol que en ella está esculpido
Desciende en los otros corazones la infundida estampa,
Si les es conforme inflama
El alma, que después en sí la alberga tanto
Más bella por los divinos rayos
De su virtud la figura, y de aquí nace
Que amando el corazón de un dulce error se nutre.*

Estancia VII

*Se nutre el corazón de un dulce error, el amado
Objeto en sí como en su prole mirando,
A veces después reformando
Aquello a la luz divina que en él está impresa
Raro y celeste don, de aquí elevándose
De grado en grado, en el increado
Sol torna, donde formado
Es, aquel que en el amado objeto se expresa.
Por tres fulgentes espejos un sol de ese
Rostro divino vuelve a encender toda belleza
Que la mente, el espíritu y el cuerpo adorna.
De aquí los ojos, y a través de los ojos donde se hospeda
Su otra sierva, el corazón los indumentos ornados
Toma en ella reformado,
No por ello expresado; de allí de varias y muchas
Bellezas del cuerpo absueltas
Forma un concepto de aquel que la naturaleza
ha dividido en todos y en uno lo pinta y figura.*

Estancia VIII

*De aquí Amor el alma, en éste el corazón deleita,
En él como en su parto todavía se abre,
Que mientras el ver adorna
Como rayo de sol bajo agua ve.
No obstante no sé qué de divino en él vislumbra,
Aunque ensombrecido, el corazón piadoso alerta
De ésta a más perfecta*

*Belleza, en la cima de aquella sede superna.
Allí no la sombra por tanto que en tierra fe
Del primer bien da, reconoce, pero cierta
Luz del verdadero sol más verdadera efigie;
De aquí mientras el pío corazón del alma vestigio
Sigue, en su mente el ver inserto.
Aquí a más clara y abierta
Luz cerca a aquel sol suspendido vuela,
Por la cual viva y sola
Luz informado y amando se hacen bellos
La mente, el alma, el mundo y lo que está en aquello.*

Estancia última

*Canción, yo siento que Amor la brida recoge
Al temerario ardid que el corazón me incita
Tal vez más allá del curso destinado.
Refrena el deseo vano, restringe el freno,
Y las castas orejas a quien razone amor
Ahora vuelve, si persona
Encuentras que de tu amor se informa y viste.
No sin embargo las frondas a ésta
De su tesoro divino, pero el fruto extiende.
A los otros basta el uno, pero al otro niega.*

Libro primero

Capítulo primero

Que toda cosa creada tiene el ser en tres modos: causal, formal y participado.

Los platónicos proponen por dogma principal que toda cosa creada tiene su ser en tres modos, los cuales –aunque han sido nominados diversamente por diversas [personas]– a un mismo sentido concurren todos y pueden ser por nosotros así nombrados: ser causal, ser formal y ser participado. Esta distinción no se puede significar por más notables términos, pero sea por un ejemplo manifiesta. En el sol, según los filósofos, no existe el calor, puesto que el calor es una cualidad de los elementos y no de la naturaleza celeste; más bien el sol es causa y fuente de todo calor. El fuego es caliente y es caliente por su naturaleza y por su forma propia. Un leño no es caliente por sí, pero bien puede ser recalentado por el fuego, participando de la cualidad supradicha. Entonces, esta cosa llamada calor tiene en el sol su ser causal, en el fuego su ser formal y en el leño o en otra materia similar, su ser participado.

De estos tres modos de ser el más noble y el más perfecto es el ser causal, los Platónicos quieren que toda perfección en Dios sea en él según este modo de ser; y por esto dirán que Dios, *non est ens*, sino es *causa omnium entium*. De igual manera que Dios no es

intelecto, sino que es fuente y principio de todo intelecto; esta afirmación por no ser entendida en su fundamento, a los platónicos modernos les da gran disgusto. Y me acuerdo ahora que un gran platónico me dijo que se maravillaba mucho de un pasaje de Plotino, donde dice que Dios nada entiende ni conoce. Pero es más maravilloso que él no entienda por qué modo quiere Plotino que Dios no entienda, que no es otro sino que esta perfección del entender sea en Dios según aquel ser causal y no según el formal, lo cual no significa negar el entender de Dios, sino atribuírselo según un modo más perfecto y excelente. Siendo así, se puede comprender manifiestamente que Dionisio Areopagita, príncipe de los teólogos cristianos, quien quiere que Dios no sólo a sí, sino *etiam* todas las cosas mínimas y particulares conozca, usa el mismo modo de hablar que usa Plotino, diciendo que Dios no es naturaleza intelectual ni inteligente, sino sobre todo intelecto y cognición inefablemente elevado.

Se debe notar diligentemente esta distinción porque nosotros mismos la usaremos y porque trae grandísima luz para la comprensión de las cosas platónicas.

Capítulo segundo

Que todas las criaturas son distintas en tres grados.

Los platónicos distinguen todas las criaturas en tres grados, de los cuales dos son los extremos. Bajo el primero se comprende toda criatura corporal y visible, como es el cielo, los elementos, las plantas, los animales y todas las cosas compuestas de elementos. Bajo el otro se entiende toda criatura invisible y no sólo incorpórea, sino liberada y separada de todo cuerpo totalmente;

ésta se llama naturaleza intelectual y nuestros teólogos la llaman naturaleza angélica.

En medio de estos dos extremos existe una naturaleza media la cual aunque sea incorpórea, invisible e inmortal, no menos es motor del cuerpo y ligado a este ministerio; y ésta se llama alma racional; está sometida a la naturaleza angélica y a cargo de la corporal, sujeta a aquella y patrona de ésta. Sobre estos tres grados está Dios, el autor y el principio de toda criatura cuya primera fuente es la divinidad y tiene en ella su ser causal y de él inmediatamente procediendo de la naturaleza angélica tiene el segundo ser, esto es el formal. Últimamente en el alma racional reluce la naturaleza angélica en ella participada; pero dicen los platónicos que la divinidad se encuentra en tres naturalezas, esto es, en Dios, en el Ángel y en el alma racional, debajo de la cual ninguna naturaleza puede llamarse divina sino abusivamente.

De estas tres naturalezas se podría hacer una mención más explicada y una división más articulada, dividiendo el cuerpo en diversas naturalezas, similarmente las almas y declarando cuáles se llaman animales y cuales animadas y no animales, y por qué el mundo de Platón en el *Timeo* es llamado animal animado. Pero estas discusiones las reservaremos a otro lugar y aquí sólo baste aquello que al entendimiento del tratado del amor es necesario.

Capítulo tercero

Como los platónicos prueban que Dios, principio y causa de toda otra divinidad, no se puede multiplicar sino que es uno solo.

De estas tres naturalezas —Dios, la naturaleza angélica y la naturaleza racional— la primera, Dios, no puede ser multiplicada,

sino que Dios es un solo principio y causa de toda otra divinidad; esto lo prueban los platónicos y los peripatéticos y nuestros teólogos por razones evidentes, las cuales en este lugar sería superfluo nombrar. Sobre la otra naturaleza, es decir, la angélica e intelectual, existe discordia entre los platónicos. Algunos como Proclo, Hermias, Siriano y muchos otros, ponen entre Dios y el alma del mundo, que es la primera alma racional, gran número de criaturas, las cuales en parte llaman inteligibles, en parte intelectuales; estos términos, algunas veces incluso Platón confunde, como en el *Fedón*, donde habla del alma. Plotino, Porfirio y los platónicos más perfectos ponen entre Dios y el alma del mundo una criatura sola a la cual llaman hijo de Dios, porque de Dios es inmediatamente producida.

La primera opinión es más conforme con Dionisio Areopagita y los teólogos cristianos, quienes proponen un número de ángeles casi infinito. La segunda es más filosófica y más conforme a Aristóteles y a Platón; es seguida por todos los Peripatéticos y los mejores Platónicos. Pero nosotros, habiéndonos propuesto hablar de aquello que creemos ser sentencias comunes de Platón y de Aristóteles, dejada la primera —aunque por sí verdadera—, seguiremos esta segunda vía.

Capítulo cuarto

Que Dios produce *ab aeterno* una sola criatura incorpórea e intelectual, tan perfecta como pueda serlo.

Siguiendo entonces nosotros la opinión de Plotino, de los mejores platónicos y también de Aristóteles, de todos los árabes y sobre todo de Avicena, digo que Dios *ab aeterno* produce una criatura

Capítulo quinto

de naturaleza incorpórea e intelectual, tan perfecta cuanto es posible que sea una cosa creada. Pero fuera de ella, nada más produce ya que de una causa perfectísima no puede proceder sino un efecto perfectísimo y lo que es perfectísimo no puede ser más que uno; por ejemplo, el color perfectísimo entre todos los colores no puede ser más que uno; si fueran dos o más, sería forzoso que uno de ellos fuera o más o menos perfecto que el otro, de otro modo sería uno igual que el otro, y así no serían muchos, sino uno. Aquel que será menos perfecto que el otro no será perfectísimo. De igual manera, si Dios hubiera producido además de esta mente otra criatura, no sería perfectísima, porque sería menos perfecto que aquella.

Esta razón he usado para dar confirmación a esto y para mí es más eficaz que aquella que usa Avicena, la cual sobre este principio se funda: que de una causa, en cuanto es una, no puede proceder más que un efecto.

Pero habiendo introducido aquí esta materia sólo para mayor inteligencia de aquello que es el propósito principal, no hay que demorarse en ella con un examen más exacto. Basta saber que según los platónicos de Dios no proviene inmediatamente otra criatura que esta primera mente; digo inmediatamente, porque de todo efecto que después esta mente y toda otra causa segunda produce, dícese que Dios es causa, pero causa mediata y remota.

Mas me maravillo que Marsilio sostenga según Platón que nuestra alma es inmediatamente producida por Dios; lo que no menos a la escuela de Proclo que a aquella de Profirio, repugna.

Esta primera criatura es llamada por los platónicos y los antiguos filósofos Mercurio Trimegisto y Zoroastro: hijo de Dios, sabiduría, mente, razón divina lo cual algunos interpretan incluso como Verbo. Pero cada quien debe advertir diligentemente que no hay que entender que esto sea aquello que nuestros teólogos llaman hijo de Dios, porque nosotros entendemos por hijo una misma esencia con el padre, igual en todo a él, criatura finalmente y no criatura; debe compararse aquello que los platónicos llaman hijo de Dios con el primer y más noble de los ángeles por él creado.

Capítulo sexto

De los dos modos de ser, ideal y formal.

Para declarar aquello que sigue hay que saber que toda causa que con arte o con intelecto opera algún efecto tiene primero en sí la forma de aquella cosa que quiere producir, como un arquitecto tiene en sí y en su mente la forma del edificio que se quiere fabricar y observando aquella como ejemplo, por su imitación, produce y compone su obra. Esta forma la llaman los Platónicos idea y ejemplar y quieren que la forma del edificio que tiene su artífice en su mente sea más perfecta y más verdadera que el artificio desde él producido en la materia conveniente, esto es de piedra o madera u otra cosa similar. A este primer ser llaman ser ideal o inteligible; al otro lo llaman ser material o sensible. Así si un artífice edifica una casa dicen que existen dos casas: una inteligible, que es aquella que tiene el artífice en la mente, la otra sensible que es aquella compuesta por él de mármol, de piedra o

de otro [material], explicando cuanto puede en aquella materia la forma que en sí ha concebido y esto es lo que nuestro poeta Dante toca en una canción suya donde dice “quien pinta una figura, si antes no existe, plasmarla no puede”¹

Dicen además los Platónicos que aunque Dios produjera una sola criatura, no menos produce toda cosa porque en aquella mente produce las ideas y las formas de todas las cosas: la idea del Sol, la idea de la Luna, de los hombres, de todos los animales, de las plantas, de las piedras, de los elementos y universalmente de todas las cosas. Siendo la idea del Sol más verdadera que el Sol sensible, e igual con las otras [cosas], no sólo se sigue que él ha producido todas las cosas, sino que las ha producido en el ser más verdadero y más perfecto que pueda haber, es decir, en el ser verdadero, ideal e inteligible; y por esto llaman a esta mente mundo inteligible.

Capítulo séptimo

Cómo este mundo *ab aeterno* fue causado y producido por la primera mente y cómo es animado por un alma perfectísima sobre cualquier otra.

Por esta mente quieren que sea causado el mundo sensible, el cual es una imagen y un simulacro del inteligible; y siendo el ejemplar por imitación del cual es fabricado este[mundo] perfectísimo entre todas las cosas creadas, se sigue que también él sea tan perfecto cuanto lo permite su naturaleza. Sin embargo, toda cosa animada es más perfecta que las inanimadas, y más aquellas que tienen alma racional e inteligente que los animados con alma irracional;

¹ *Convivio* IV, canzone 3, v. 52-53. trad. de Fernando Molina Castillo, edición de Cátedra.

es necesario conceder que el mundo es animado por un alma perfectísima sobre todas las almas. Ésta es la primera alma racional, la cual aunque sea incorpórea e inmaterial no menos está ligada al ministerio de mover y gobernar la naturaleza corporal y no está separada y libre del cuerpo como la mente de la cual *ab aeterno* fue producida esta alma, al igual que la mente [lo fue] por Dios. Y de aquí se sigue el argumento evidentísimo que, según Platón, el mundo no puede no ser eterno como todos los platónicos conceden; siendo el alma del mundo eterna y no pudiendo ella ser sin el cuerpo, como ellos quieren, es necesario que el cuerpo mundano fuera *ab aeterno* y también el movimiento celeste porque el alma, según los platónicos, no puede ser y no mover. He dicho ‘todos los Platónicos esto conceden’, es decir, que el mundo sea eterno; sin embargo, Ático y Plutarco y los otros que quieren que el orden presente del mundo tuviese principio no quieren que antes de aquel [orden] no hubiese nada sino Dios, como propone nuestra Iglesia católica, sino creen que antes del movimiento ordenado del cielo y la disposición presente de las cosas mundanas, había un movimiento desordenado y tumultuario, gobernado por un alma enferma y depravada; así consideran que han existido mundos infinitos porque infinitas veces el mundo ha sido reducido de la confusión del caos al orden e infinitas veces ha regresado a aquel [caos]; con lo cual parece coincidir la opinión de los talmudistas, quienes preguntaban qué hace Dios *ab aeterno* y respondían que creaba mundos y después los descomponía; siguiendo los fundamentos de los cabalistas, a sus palabras se puede dar el más verdadero y más conveniente sentido. Esta opinión atribuye Aristóteles a Platón, pero algunas veces dice sobre él que sólo él hace el tiempo de nuevo, y alguna vez, como en el libro duodécimo de la Metafísica, confiesa según Platón que el movimiento es eterno.

Capítulo octavo

Como las tres naturalezas antes mencionadas —Dios, la naturaleza angélica y la naturaleza racional— son significadas por tres nombres: Cielo, Júpiter y Saturno y lo que por ellos se entiende.

Estas tres primeras naturalezas —Dios, la primera mente y el alma del mundo—son denominadas por los antiguos teólogos, que bajo velos poéticos cubrían sus misterios, con estos tres nombres: Cielo, Saturno y Júpiter. Cielo es ese Dios que produce la primera mente llamada Saturno y de Saturno se genera Júpiter, que es el alma del mundo. Y porque ahora se encuentran estos tres nombres confusos, esto es, que el primero es llamado Júpiter y el alma del mundo Saturno y la mente [también] Júpiter, declararemos el fundamento y la razón de estos nombres; comprenderemos que todas las variedades y mutaciones *ad placitum* y licenciosamente hechas, proceden de un mismo fundamento acorde. Digo entonces que este nombre Cielo significa toda cosa primera y excelente sobre las otras, como el primer cielo, esto es el firmamento, que es primero y supereminente respecto de todas las cosas corporales. Saturno significa la naturaleza intelectual que sólo reposa en el entender y el contemplar. Júpiter significa la vida activa, la cual consiste en el gobernar, administrar y mover con su imperio las cosas que respecto a sí son súbditas e inferiores. Estas dos propiedades según los astrólogos se encuentran en los planetas con el mismo nombre llamados; esto es Saturno y Júpiter, porque como ellos dicen, Saturno hace a los hombres contemplativos, Júpiter les da principados, gobiernos y administración de los pueblos. Porque la vida contemplativa se refiere a las cosas superiores a quien contempla y la activa a las cosas inferiores, las cuales son regidas y gobernadas por lo que les es superior, por

esto, toda naturaleza en cuanto se convierte, en cierto modo, a las cosas inferiores a sí, se asimila a la vida activa.

Presupuesta entonces la declaración de estos términos tendremos que considerar la propiedad de estas tres naturalezas y será claro cuál nombre y por qué causa le sea conveniente a cada una de ellas.

Capítulo noveno

De las variaciones de estos tres nombres: Cielo, Saturno y Júpiter y por qué y cómo convienen a las tres naturalezas antes mencionadas.

En el primero, esto es Dios, no se puede entender que él contemple, porque esta propiedad es propiedad de la naturaleza intelectual de la cual Dios es principio y causa. Por esto, no se puede llamar Saturno, sino que sólo de él se entiende esto: el ser principio de toda cosa. En su comprensión se incluyen dos cosas. La primera es su supereminencia y excelencia, que tiene toda causa sobre su efecto y por esto es llamado Cielo. La segunda es la producción de aquello que procede de él, en la cual se entiende conversión a las cosas inferiores a él mientras las produce, que arriba dijimos que tiene similitud con la vida activa; por esto en algún modo le conviene el nombre de Júpiter, más añadiendo la suma perfección, como diciendo: Júpiter óptimo, máximo.

A la primera mente angélica convienen más nombres, porque es menos simple que Dios y más diversidad en ella se ve. Y lo primero es saber que toda criatura está compuesta de dos naturalezas. Una de las cuales se llama potencia o verdaderamente

naturaleza inferior, la otra acto o superior. Platón en el *Filebo* llama a la primera infinito y a la segunda término y fin y Avicebrón y muchos otros las llaman materia y forma. Y aunque entre los filósofos exista diferencia de opinión sobre si esta naturaleza informe sea en todas las criaturas una misma y por una mismísima razón o, por el contrario, se encuentra diversamente en diversos grados de naturalezas, sin embargo, en esto todos convienen: que toda cosa que esté puesta entre Dios y la materia prima es mezcla de acto y potencia y esto a nosotros basta, no importa a nuestro propósito por qué modo sea o se entienda ser esta mixtura o composición.

Y entonces, *similiter*, en esta primera mente compuesta de estas dos partes, toda imperfección que se encuentre en ella se tiene por respecto de aquella parte llamada potencia, como por la otra, toda perfección. En esta mente se pueden considerar tres operaciones: una acerca de las cosas superiores respecto a ella, otra acerca de sí misma y la tercera acerca de las cosas inferiores a ella. La primera no es otra cosa que volverse a contemplar a su padre; igualmente, la segunda no es otra cosa que conocerse a sí misma. La última es volverse a la producción y al cuidado de este mundo sensible que es por ella producido como decíamos arriba. Se entiende por este modo que estas tres operaciones proceden de la mente; por mérito de la parte llamada acto, que está en ella, se vuelve hacia el padre; por mérito de la otra llamada potencia, desciende a la creación de las cosas inferiores; por mérito de una y la otra juntas en sí misma se detiene. Por las dos primeras operaciones se llamará Saturno porque la una y la otra son contemplación; para la tercera Júpiter. Porque este acto de producir las cosas mundanas le conviene por aquella naturaleza llamada potencia, aquella parte en ella principalmente se llama Júpiter; lo cual se observa por lo que en el segundo libro diremos exponiendo lo que es el huerto de Júpiter.

Por el mismo fundamento el alma del mundo en cuanto a sí misma o a las cosas superiores respecto a ella contempla se puede llamar Saturno; en cuanto se ocupa del movimiento y el gobierno de los cuerpos y las acciones mundanas se llama Júpiter. Porque a ella principalmente conviene esta operación del gobierno del mundo corporal —así como a la mente principalmente conviene el contemplar y por ello se llama absolutamente Saturno— el alma del mundo [se llama] absolutamente Júpiter, aunque aquella mente toda vez que de ella se habla como del artífice del mundo se llama Júpiter, por la razón arriba dicha. Esta es la verdadera propiedad de estos nombres.

Capítulo décimo

De la composición, división y orden de este mundo sensible y la razón por la que se dice estar dividido entre los tres hijos de Saturno.

Entonces este mundo es producto de la mente a imagen del mundo inteligible en ella producido por el primer padre y compuesto, como cada animal, de su alma y de su cuerpo. El cuerpo mundano es todo esto que a nuestros ojos aparece hecho de cuatro elementos, como en el *Timeo* se escribe: Fuego, Aire, Agua y Tierra. Y para entender esto verdaderamente hay que recordar el fundamento dicho por nosotros en el primer capítulo, esto es que toda cosa tiene tres formas de ser: Causal, Formal y Participada, como antes fue declarado. Es necesario entonces que *etiam* estos cuatro elementos tengan este triple modo de ser. Tienen el primero en los cuerpos celestes, esto es el ser causal, ya que la sustancia de esos cuerpos no está compuesta de este fuego, agua, aire y tierra,

que son llamados comúnmente cuatro elementos bajo la luna, pero en sí los contiene todos, como toda causa contiene su efecto, por estar en los cuerpos celestes la virtud productiva de los cuerpos inferiores. Tampoco se puede entender por ningún modo que el cuerpo del cielo sea una sustancia mixta formada por estos elementos —como son los otros cuerpos mixtos que nos circundan— ya que se seguiría, además de las otras razones por los otros dadas, que fuera establecida primero esta parte del mundo bajo la luna antes que la parte celeste superior; ya que se entendería que fueron primero los elementos simples en sí y después, por su concurso, se causó aquello que se mezcla a partir de ellos. Tienen entonces los elementos su ser causal en el cielo como quiere Platón y no formal como rectamente niega Aristóteles; y de esto en otro lugar hablaremos más ampliamente. Tienen su ser formal de la luna hasta la tierra y su tercer ser, esto es el participado, disminuido e imperfecto en la parte subterránea. Y este ser —esto es encontrarse en las vísceras de la tierra fuego, aire y agua— es demostrado verdaderamente por la experiencia, los filósofos naturales lo prueban y los antiguos teólogos lo confirman designándolos enigmáticamente con cuatro ríos infernales: Aqueronte, Cocito, Estigia y Flegetonte.

Podemos entonces dividir el cuerpo mundano en tres partes: la celeste, mundana e infernal, usando estos dos segundos nombres según el uso común de hablar, *etiam* de los antiguos usado, que es llamar a esta parte, de la luna hacia abajo propiamente mundo, donde *etiam* Juan Evangelista, hablando de las almas que de Dios en el cuerpo se infunden dice *cada alma que viene a este mundo* y así en muchos otros lugares se encuentra usado. Igualmente, esta parte subterránea es llamada infierno, reputada según muchos como lugar de suplicio de las almas culpables. De aquí se puede entender por qué razón es dicho por los poetas que el reino de

Saturno está dividido entre sus tres hijos: Júpiter, Neptuno y Plutón, que no denota otra cosa más que la triple variación de este mundo corporal; cuanto al cuerpo por el modo dicho, cuanto al alma *etiam* mundana, según que nosotros entendemos estas tres partes diversas de él en tanto que animadas. El reino de Saturno es el mundo inteligible, ejemplar de éste, el cual mientras permanece en Saturno, esto es mientras permanece en su ser ideal e inteligible, permanece uno e indiviso y consecuentemente más estático y más potente; pero en cuanto llega a las manos del hijo, esto es que se trasmuta en este ser corporal, y por él en tres partes es dividido por la variación de aquel triple ser de los cuerpos deviene más enfermo y menos potente que antes, degenerando del primero cuanto degenera toda cosa corpórea de la espiritual. Digo la primera parte, esto es celeste, estar bajo Júpiter, la última y más ínfima bajo Plutón, la intermedia de Neptuno. Y porque en esta parte es aquella donde principalmente se hace toda generación y corrupción, es significada por los teólogos por el agua y por el mar, que está en continuo flujo y reflujo; donde por Heráclito este continuo movimiento de las cosas generables y corruptibles es asimilado al movimiento de un torrente rapidísimo. Por esto dicen los poetas que a Neptuno le tocó el reino del mar y por Neptuno entienden los teólogos en sus misterios aquella potestad —o quieren decir numen— que preside la generación.

Y aunque a nuestro propósito no sea necesario, sino porque ahora escribiendo se me ocurre no callo la exposición del principio de la creación mosaica del mundo como declaración y confirmación de aquello que nosotros habíamos dicho, esto es que toda aquella parte de la luna hasta la tierra sea significada por el agua. Dice entonces Moisés que en el principio Dios creó el cielo y la tierra y que la tierra era inane y vacua y las tinieblas estaban sobre la cara del abismo y el espíritu del Señor se movía sobre las aguas: y el

señor dice: *hágase la luz*. Estas palabras a nuestro modo exponemos: creó primero Dios el cielo y la tierra y era la tierra inane y vacua, esto es privada de plantas y animales y de las otras cosas y porque estas cosas no nacen de ella sino en virtud de la luz celeste y de los rayos de los cuerpos superiores que descienden a ella, añade Moisés la razón por la cual la tierra era inane y vacua: y las tinieblas estaban sobre el abismo. Y esto porque la luz celeste todavía no descendía sobre la esfera lunar en la cual se generan las cosas antes mencionadas en virtud de aquello.

Ni por esto debemos entender que son tres almas diversas las cuales informan y reinan estas tres partes del mundo, porque siendo el mundo uno, debe haber una sola alma. La cual, en cuanto alma que vivifica las partes del mundo subterráneo, se llama Plutón; en cuanto vivifica la parte que está bajo la Luna se llama Neptuno y en cuanto vivifica la celeste se llama Júpiter; dice Platón en el *Filebo* que por Júpiter se entiende un alma regia, esto es aquella parte del alma del mundo que es la principal y rige y domina las otras. Y aunque por otros se haya hecho esta división de manera diversa en estos tres hijos de Saturno, he querido sólo proponer aquella que es mi propia opinión que yo estimo ser más verdadera, posponiendo la exposición aducida por los griegos —la cual examinaremos toda en otro lugar—; y para más perfecta cognición de las cosas dichas, esto es de la naturaleza de los cuerpos celestes y elementos mundanos, recuerdo que según los más de los platónicos los cuerpos celestes están compuestos de materia y de forma, como los otros cuerpos, aunque de una materia más perfecta y de otra naturaleza.

Capítulo undécimo

Que las almas de las ocho esferas junto con el alma del mundo son las nueve Musas

Después del alma del mundo ponen los Platónicos muchas otras almas racionales entre las cuales existen ocho principales que son las almas de las esferas celestes, las cuales según los antiguos no eran más que ocho, esto es siete planetas y la esfera estrellada. Estas son las nueve Musas —por los poetas celebradas— entre las cuales la primera es Calíope que es el alma del mundo universal y las otras ocho por orden están distribuidas cada una en su esfera. Debemos decir que Calíope es la más noble y la primera alma entre todas las almas y el alma universal de todo el mundo.

Capítulo duodécimo

Del alma universal del mundo y de todas las otras almas racionales y de la compatibilidad que el hombre tiene con todas las partes del mundo.

Escribe Platón en el *Timeo* que en la misma crátera y con los mismos elementos el artífice del mundo fabricó el alma mundana y todas las otras almas racionales entre las cuales, como el alma universal del mundo es la más perfecta, así nuestra alma es la última y la más imperfecta, sobre cuyas partes daremos una sumaria división. La naturaleza del hombre, casi vínculo y nudo del mundo, está colocado en el grado intermedio del universo; y

como todo medio participa de los extremos, así el hombre por diversas partes suyas tiene comunicación y conveniencia con todas las partes del mundo; por esta razón se suele llamar Microcosmos, esto es un mundo pequeño. En el mundo vemos ser primero la naturaleza corporal la cual es doble: una es eterna y es la sustancia del cielo, la otra corruptible como son los elementos y toda naturaleza por ellos compuesta, como las piedras, los metales y cosas similares. Después están las plantas, *tertio*, los animales brutos; cuarto, los animales racionales; quinto, la mente angélica, sobre la cual está Dios, fuente y principio de todo ser creado. Igualmente, en el hombre hay dos cuerpos, como en nuestro concilio probaremos, según la mente de Aristóteles y de Platón, uno eterno, llamado por los platónicos vehículo celeste que es inmediatamente vivificado por el alma racional; el otro corruptible tal como lo vemos con los ojos corporales compuesto de cuatro elementos. Después está en él la vegetativa, por la cual se genera este cuerpo corruptible, se nutre y crece y aquel eterno vive de vida perpetua. *Tertio*, está la parte sensitiva y motriz, por la cual tiene conveniencia con los animales irracionales. Cuarto, está la parte racional, la cual es propia de los hombres y de los animales racionales y es creída ser la última y la más noble parte de nuestra alma por los peripatéticos latinos, *cum* no menos sobre esa está la parte intelectual y angélica, por la cual el hombre así conviene con los ángeles, como por la parte sensitiva con las bestias. La cima de esta parte intelectual es llamada por los Platónicos unidad del alma y quieren que sea aquella por la cual el hombre inmediatamente con Dios se une y casi con él conviene, como por la parte vegetativa conviene con las plantas. Y de estas partes del alma cuáles son inmortales y cuáles mortales existe discordia entre los platónicos. Proclo y Porfirio quieren que solo la parte racional sea inmortal y todas las otras corruptibles. Xenócrates y Espeusipo

etiam hacen la parte sensitiva inmortal. Numenio y Plotino, que añaden también la parte vegetativa, concluyen que toda alma es inmortal.

Capítulo decimotercero y último del primer libro

Sobre las ideas y sobre su triple ser.

La materia de las ideas por los platónicos celebradas, es entre todas las cuestiones de los filósofos tal vez la más útil y la más difícil y nosotros, en nuestro concilio y en el comentario sobre el *Convivio* de Platón trataremos exactamente sobre ellas, de ellas depende el modo de conocer de los ángeles y de nuestra alma y del alma de las estrellas.

De estas materias todos los platónicos griegos oscuramente y brevemente trataron, por ello tal vez nuestra obra no será inútil a los estudiosos de las cosas de Platón. Pero en cuanto a nuestro propósito, notando de ellos ciertos dichos compendiosos, daremos fin al primer libro introductorio al siguiente tratado de amor. Tendremos que recordar el primer fundamento puesto por nosotros en el primer capítulo, que cada cosa tiene un triple modo de ser: causal, formal y participado. Es necesario entonces un ser similar para las ideas, las cuales en Dios tienen su ser causal, en el ángel su ser formal y en el alma racional, el participado. En Dios entonces, según los platónicos, no están las ideas sino que él es la causa y el principio de todas las ideas, las cuales él primeramente produce en la mente angélica, como *etiam* claramente en los Oráculos de los Caldeos se encuentra, y de allí el Ángel hace partícipe al alma racional. Pero nuestra alma cuando se vuelve a su parte intelectual y angélica es por

ella iluminada participando de las verdaderas formas de las cosas las cuales así como en el intelecto se llaman ideas, así porque están en el alma se llaman razones y no ideas; en esto son diferentes las almas de los cuerpos corruptibles, como la nuestra y las de algunos demonios —según los platónicos— de las almas celestes, ya que las celestes no se apartan de la parte intelectual por la administración del cuerpo, sino en ella siempre convergen y unidas ejercitan juntos uno y otro oficio: el del contemplar y el del gobernar el cuerpo. Dicen los platónicos que los cuerpos ascienden a ellas y no que ellas descienden a los cuerpos. Las otras, junto a la cura de los cuerpos caducos y terrenos y ocupadas en esto se privan de la contemplación intelectual y mendigan la ciencia de las cosas por los sentidos a los cuales están inclinadas en todo y siempre están llenas de muchos errores y opiniones falsas. De esta prisión y miseria veremos que la vía amatoria es un medio poderoso para librarse, la cual mediante la belleza de las cosas corpóreas y sensibles les excita en el alma la memoria de la parte intelectual y es la razón por la cual volviéndose a ella de la vida terrena —verdaderamente sueño de sombra, como escribe Píndaro— a la eterna, transfiriéndose y por el fuego amoroso casi purgada, se transforma en angélica forma felicísimamente, como declararemos nosotros en el obra siguiente.